

FRATERNIDAD AMERICANA
Discurso en el Cristo Redentor

27 de febrero de 1965

El 27 de febrero de 1965 se cumplían 60 años de la imagen del Cristo Redentor en la Cordillera de los Andes. Ante los Cancilleres, Señores. Valdés y Zavala, el Cardenal pronunció el siguiente discurso:

Señores:

Hace 60 años un grupo de personalidades de nuestros dos países se reunía en este lugar para inaugurar la estatua del Redentor, que se alza sobre este gigantesco pedestal de granito, levantada su cruz como imperecedero signo de fraternidad, paz y gracia en el marco imponderable y grandiosísimo de esta colosal cordillera que nos rodea y recoge. Y hoy día, antes de que terminemos este año jubilar, después de doce lustros de aquella fecha, accediendo a una delicada sugerencia vuestra, Excelentísimo Sr. Cardenal de Buenos Aires, los hombres de una nueva generación de estas dos naciones nos hemos querido congregar otra vez ante el Cristo de Los Andes, divino vigía de nuestros pueblos, para reavivar los sentimientos de nuestros padres, para renovar los votos que generosos pechos formularon y para contemplar nuevamente desde esta maravillosa altura del tiempo y del espacio, el espectáculo de nuestros dos países, la historia gloriosa de sus éxitos y el pasado no menos aleccionador de sus tragedias y de sus grandes dolores.

El lugar que hemos escogido, señores, nos invita a la reflexión y nos impulsa a la oración: altar hecho de crestas nevadas, de cimas que se elevan hacia el cielo, recortado por profundas hondonadas, arrullado por sus torrentes rumbosos, cubierto con el niveo mantel de sus eternas nieves y enrojecido con la sangre de todos los mártires que en estas aras benditas inmolaron sus vidas por la causa de la ciencia y del progreso, el bienestar y la libertad de nuestras patrias. Y en este lugar, la fe de nuestros mayores alzó la imagen del Señor.

Nunca ha habido catedral más hermosa ni templo más adecuado para custodiar el tesoro invicto de fe y amor que este simulacro representa.

Nunca ha habido peanas más dignas para elevar la Cruz de Cristo, la Cruz que con sus brazos abiertos recuerda a todos los hombres y a todos los tiempos, que un inmenso perdón ha descendido del cielo, que el amor se ha encarnado y ha venido a transformar la humanidad en una gran familia, nos ha hecho hijos del mismo Padre y nos ha despertado alborozados con la Buena Nueva que viene a colmar los más profundos y nobles anhelos del corazón humano: que todos seamos hermanos.

Si recordáramos la historia de este monumento y evocáramos los hechos que sucedieron antes de su erección, que la explican, y evocáramos las vicisitudes de nuestra historia hace 60 años, pasarían de nuevo ante nuestras mentes las ansiedades y las contradicciones, los temores y los odios, las desconfianzas y los antagonismos, todo lo que llevó a nuestros pueblos al borde del conflicto. Pero justamente evocaríamos la figura de los grandes hombres de la Iglesia y el gobierno de nuestros países, que tuvieron en ese momento la noble intuición, que supieron interpretar los más bellos ideales que latían vigorosos en los pechos de nuestros pueblos, y eran la expresión de su glorioso pasado y la concreción del anhelo profundo de su cristiano sentir. Nuestros antecesores, queridos amigos, creyeron que no les era permitido el borrar la página más bella de nuestra común historia, y que valía inmensamente más el conservar el vínculo de fraternidad de nuestros pueblos, sellado por la sangre de nuestros héroes, que imponer por la violencia un discutido derecho. Por eso, este proceder hubiera roto el lazo que nos unía, y porque de hermanos nos hubiéramos convertidos en enemigos, aquellos hombres patriotas quisieron conservar para sus hijos el bien inestimable de esta hermandad de pueblos que ellos intuían que sería inmensamente más beneficiosa para las generaciones que habían de venir, que los territorios que se discutían, por grandes y ricos que ellos fueran.

Un inmenso continente yace a nuestros pies, y es el momento de comprender y de sentir realmente que éste debe ser un continente de países hermanos. La historia, desgraciadamente, lo ha manchado aquí y acullá de sangre, y estas

guerras fratricidas han cerrado herméticamente las fronteras y cavado trincheras de rencor y de desconfianza, pero desde lo alto, y a la sombra de esta Cruz Redentora, todo esto nos parece pequeño y mezquino. ¿No es inmensamente más lo que nos une que lo que nos separa? ¿Qué sentido pueden tener nuestras competencias y nuestros resquemores?

Somos los retoños del mismo añoso y fecundo tronco hispánico, y la misma brisa de libertad nos hizo nacer a la vida independiente. Nos une una idéntica Fe, nos une el lenguaje, nos une la cultura, nos unen los mismos urgentes problemas y la misma decisión de superarlos. Hace menos de 150 años, estas montañas vieron pasar a dos grandes hombres de nuestras tierras. Juntos emprendían la grande y riesgosa aventura de consolidar la libertad de sus patrias y de América. Con ellos, siguiendo sus ejemplos y arrastrados por nobles ideales, iban los miles de héroes desconocidos, que constituían el grueso de sus ejércitos y que pertenecían a este generoso pueblo de nuestros países, y sobre cuyo sacrificio siempre se edifican las grandes proezas de las vidas de nuestras naciones. ¿Qué movía a aquellos hombres? ¿Qué los impulsaba a arriesgar todo cuanto tenían y a exponer sus vidas en esta empresa? Si recorremos nuestra historia, ésa que tejieron juntos nuestros dos pueblos unidos en el amor y en la esperanza, encontraremos la respuesta a la pregunta que nos hemos formulado y conoceremos algo del ideal hermoso que forjaron nuestros héroes.

Fue el amor a la libertad de esos pueblos; fue la esperanza de su grandeza; fue el deseo de abrir la senda del progreso y el bienestar, la cultura y el desarrollo para sus patrias y para América, la estrella luminosa, el ideal que inspiró a aquellos hombres, que les impulsó a la hermosa y loca aventura que escribieron en las páginas de la historia del Ejército y de la Escuadra Libertadora. Respetuosos, señores, ante la evocación del pasado, sintiendo junto a nosotros el alma de nuestros héroes, preguntémonos hoy, en este magnífico escenario que ellos conocieron, y donde se balucearon las primeras palabras y se dieron los primeros y titubeantes pasos de la libertad del cono sur de nuestra América, preguntémonos cómo hemos realizado el sueño de nuestros próceres. Preguntémonos si en realidad hemos mantenido siempre

los mismos ideales, si hemos sabido cumplir lo que ellos se propusieron y nos dejaron como herencia.

Grandes, muy grandes y bellas han sido las realizaciones logradas y el progreso alcanzado en estos 150 años de vida soberana, pero ¿no es mucho todavía lo que falta por hacer? ¿No hay en nuestra América muchísimos de nuestros hermanos, demasiados quizás, que aún no son libres y que no gozan de aquel mínimo bienestar que es indispensable para el desarrollo de la personalidad humana? La hora de la cultura ¿ha sonado para todos? El progreso y la justicia ¿son el patrimonio común de nuestros pueblos?

Señores, si no en vano se derramó la sangre generosa de los que nos dieron patria y los sacrificios no fueron estériles, si los grandes amores no se han marchitado entre nosotros, sin ánimos mezquinos y pesimistas, sin ponernos a lamentar inútilmente los males pasados, tomemos en nuestras manos los pendones que ellos nos entregaron y hagamos realidad el sueño de los libertadores de América.

Sin egoísmo individual, sin egoísmo colectivo, porque la mezquindad de los individuos y la mezquindad de los estados son las causas de nuestro subdesarrollo y de nuestras grandes miserias, hoy queremos reafirmar, como lo hicieron nuestros mayores hace 60 años, el ideal de convivencia fraterna, de integración americana, de justicia y de paz sociales que el Cristo personifica y enseña. Queremos manifestar al que reina sobre las nubes, a Cristo, que es nuestro, a El, que es fuente de toda justicia, que estamos dispuestos a trabajar y a dar lo mejor de nuestras vidas para que los pueblos hermanos de nuestra América, olvidando viejas rencillas y dejando de lado pequeños intereses, lleguen a la unión continental y fundamenten su grandeza en la gigantesca y creadora unión de esfuerzos y trabajos, bajo la sombra protectora de la Cruz de Cristo.

Y porque el Cristo Redentor está vivo en su Iglesia y ha prometido acompañarnos siempre en nuestra peregrinación terrena, quiero citar las

palabras del vicario suyo, del santo y recordado Papa Juan, que en su encíclica *Mater et Magistra* nos habla el lenguaje del Maestro y nos explica su doctrina: “Los problemas humanos de alguna importancia, sea cualquiera su contenido científico, técnico, económico, social, político o cultural, presentan hoy dimensiones supranacionales y muchas veces mundiales. Así como las comunidades políticas, separadamente y con solas sus fuerzas, ya no tienen posibilidades de resolver adecuadamente sus mayores problemas en el ámbito propio, aunque se trate de comunidades que sobresalen por el elevado grado de difusión de su cultura, por el número de actividades de sus ciudadanos, por la eficiencia de su sistema económico, por la extensión y suficiencia de sus territorios, las comunidades políticas se condicionan mutuamente y se puede afirmar que cada una logra su propio desarrollo contribuyendo al desarrollo de las demás, por lo cual se imponen la inteligencia y la colaboración mutuas”.

Y en su encíclica *Pacem in Terris* vuelve a recordar “que las diversas comunidades nacionales, al procurar sus propios intereses, no sólo han de evitar el perjudicarse unas a otras, sino que deben unir sus propósitos y esfuerzos, siempre que su acción aislada no baste para conseguir sus fines apetecidos, y han de poner en esto sumo cuidado, a fin de que lo ventajoso para ciertas regiones, a otras no les acarree más desventajas que utilidades”.

Nos enfrentamos a un renacimiento del valor de la coexistencia universal. Hay un renacer del sentimiento de interdependencia mutua de las naciones. Hay una aspiración creciente a la comunicación y entendimiento de los pueblos. Esta toma de conciencia ha hecho posible la existencia de instituciones internacionales que parecían imposibles el día de ayer. Pueblos que hasta ayer eran antagónicos, se encaminan juntos, hoy, hacia la construcción de la comunidad europea. Estamos frente a grandes bloques internacionales. La moral católica e internacional nos impele a formar una organización internacional de nuestros Estados, superando concepciones egoístas que nos pueden llevar a falsos y perniciosos nacionalismos.

Hermanos: las montañas que nos rodean son un puro testimonio de la grandeza de nuestra América. Creemos que ha llegado la hora de superar

miopías y egoísmos.

Me parece que tenemos una misión histórica que cumplir. Debemos aportar nuestro propio modo de ser al mundo al que pertenecemos. Debemos hacer posible que un alma americana, vigorosa y auténtica, se haga presente en el concierto de las naciones. Debemos hacer de nuestra América algo grande y hermoso: un continente respetado y respetable. Por ese hermoso ideal debemos luchar y debemos vencer, pero sólo lo lograremos uniéndonos, tomando conciencia de nuestra hermandad, aprendiendo la lección de concordia y de paz que nos entrega esta hermosa imagen desde hace 60 años; paz que no es sólo una tranquilidad en el orden, sino que es también el fruto de la laboriosa gestación de la integración americana. Con emoción, repito con Monseñor Ramón Ángel Jara: "*Mane nobiscum domine*, como rey que vigila sus dominios, ¡quedaos aquí, Señor, tendiendo vuestras miradas de amor sobre la América entera! Que ninguna de sus naciones se escape al calor de vuestras bondades, a fin de poder entonar con ellos en día no lejano, y al pie de este mismo trono, el himno suspirado de la fraternidad americana".

Cristo Redentor, 27 de febrero de 1965.